

turco hubiese nunca pensado en retirarse sobre Erzerum. La posición de Zewin domina todos los caminos de Kars, y las alas y el flanco del centro están protegidos por el ala derecha, que se apoya en Keprukoy, Fuerzas turcas, mandadas de Erzerum, Zewin y Bardess ocupan á Olti. Debe esperarse, pues, que, una vez logrado por Melikoff el objeto de su contramarcha, procurará flanquear á Muktar-bajá, con el ala derecha por Ardahan y con la izquierda por Bayacet. Los diarios rusos y algunas agencias telegráficas anuncian nuevamente que Kars está cercado. Sería muy aventurado dar absoluto crédito á esta noticia. La ciudadela tiene cerca de dos leguas de circunferencia, y con sus fuertes avanzados la de la plaza llega á diez leguas, para lo cual los sitiadores necesitarían de 50 á 60.000 hombres. Lo más probable es que Kars esté bloqueado por el NE. y O., que son llanos, porque por el lado Sur, los montes de Saganlug, llenos por lo demás de partidas sueltas de voluntarios, imposibilitan toda operación seria. A la presencia de estas partidas deben atribuirse los reconocimientos de que dan cuenta los telegramas rusos.

La insurrección en el Cáucaso tampoco ha sido sofocada, según se desprende del envío de fuerzas relativamente considerables que el gran duque Miguel ha dirigido á la Abcasia, bajo el mando del general Swistonoff, y que se componen de 7.000 soldados de infantería, 700 caballos y 24 piezas de artillería. Los monitores turcos no dejan de hostilizar á las fortalezas rusas de la costa de Abcasia, habiendo ocupado y guarnecido últimamente dos pequeños fuertes, entre éstos el de Drondy.

En una palabra, los rusos han alcanzado desde que emprendieron su campaña en el Asia, importantes victorias; operan hábilmente y con sujeción á un plan concertado de antemano; especialmente en el centro, la fortuna favorece sus armas.

Así y todo tendrán que vencer grandes dificultades antes de realizarse todos los propósitos del Estado mayor del ejército del Cáucaso.

DR. A. NOEL.

BOCETOS DE ORIENTE.

CONSTANTINOPLA Y LOS TURCOS.

I.

Si la frase que está hoy en todos los labios, *la cuestión de Oriente*, representa una noción bastante clara para las personas medianamente informadas sobre asuntos políticos, no sucede otro tanto con la palabra *Oriente*. Nadie ignora que, cual cometa, reaparece periódicamente la cuestión de Oriente sobre nuestro horizonte, y que tanto la diplomacia como los cañones, se esfuerzan por resolver el difícil problema de llegar á un acuerdo entre los turcos y sus compatriotas cristianos, ó lo que es lo mismo, despedazar el imperio otomano sin romper el llamado equilibrio europeo; porque no se ha encontrado todavía medio más eficaz que el desmembramiento, para dar á los turcos lecciones de buena administración. Pero el Oriente no es conocido sino para los que lo han estado recorriendo durante largo tiempo ó lo han estudiado en otros escenarios que los de un baile de gran espectáculo ó de un teatro de magia.

En Europa, Asia y Africa, existen muchas comarcas designadas con el nombre de Oriente. El europeo empieza en Pest, capital de la patria de los magyares, raza que tiene grandes afinidades con los turcos, y se extiende por las orillas del Danubio en las provincias slavas, si bien por el lado de Rusia no es fácil determinar dónde acaba. Pero ¿qué fronteras se le han de asignar en Asia y en Africa? Está en todos los puntos en que domina el islamismo. En Persia, en la península arábiga, en Túnez, en Argelia, en Marruecos, y aún puede decirse que abarca por sus monumentos las poblaciones árabes de España. Pero limitándolo á la

región del Mediterráneo llamada Levante, no se encontrará diferencia entre las risueñas riberas del Bósforo y la árida llanura de las Pirámides y de Memphis; entre los alegres valles de los alrededores de Smyrna y los ásperos paisajes de la Arcadia, que entre el turco de Constantinopla y el *fellah* del Cairo, entre el musulmán y el griego, el griego y el albanés. Hay una originalidad peculiar de cada una de las grandes familias cristianas sometidas al sultán: los griegos, los búlgaros, los armenios, y aún dentro del helenismo, los *phanaristas*, núcleo de los bizantinos, se distinguen tanto del ateniense como del griego del Archipiélago de la Thesalia. Añádase la raza judía, humilde y despreciada, religiosa y paciente; las antiguas poblaciones de Levante, de origen occidental, en donde ciertas familias, como en Naxos y en Santorin, remontan su origen á las cruzadas; en fin, las colonias europeas modernas, en que la cizaña se confunde con el buen grano: negociantes, armadores, abogados, médicos con títulos dudosos, profesores, arquitectos precavidos que han arruinado á Abd-ul-Aziz, ingenieros temerarios que soñaron en abrir un canal en el istmo de Corinto ó en enlazar por medio de un camino de hierro Atenas con Salónica: hé ahí el Oriente, confuso, abigarrado, tal como se presenta al turista que desembarca en el Cuerno de Oro, á la vista del *Puente Viejo*, donde se cruza un gentío multiforme, á la vista de los minaretes dorados de Stambul y de las imponentes torres de Bizancio.

Este sitio es una de las maravillas del mundo, una de las grandes etapas de la historia. Yo lo he visto mil veces á la esplendente luz de la primavera, bajo el cielo dulce y melancólico del otoño; y el efecto deslumbrador de la primera impresión, permanecerá siempre en el fondo de mis recuerdos. Una mañana de Junio, al despuntar la aurora, el vapor *América*, de las Mensajerías, fué sorprendido á la altura del castillo de las Siete Torres por una niebla tan espesa, que le obligó á echar anclas y esperar que los vapores se disipasen para penetrar en el Bósforo. Al salir el sol, el viento hizo caer inmediatamente todo aquel grande velo blanco sobre la costa de Asia, en donde se asentó, dejando vislumbrar, bajo la transparencia de sus pliegues, los cipreses y las cúpulas de Scútari. A nuestra izquierda Constantinopla, sus fortalezas, sus mezquitas y la radiante cúpula de Santa Sofía, y los mil buques inmóviles en la rada, y las lejanas colinas de aquel prodigioso anfiteatro, resplandecían á los primeros rayos lanzados desde las nevadas cimas del Olimpo bitinio; la mar adormecida, toda blanca, sin una línea que altere su tersa superficie; bandadas de golondrinas que vuelan mojando la punta de sus alas y se persiguen con agudo pjar. Nosotros nos deslizábamos entonces lentamente á lo largo de los muros del antiguo serrallo, donde desfilaba, á través de los plátanos, un escuadrón turco con música, invadiendo, al compás de un ritmo bárbaro, el jardín de los Paleólogos.

Esto se ve en aquella comarca, junto á aquella mar sonriente en que los helenos habían tenido, hace ya muchos siglos, la primera revisión de la vida divina, eternamente feliz de sus Olimpiadas. Aquellos habían sufrido hastios tan largos y terrores tan misteriosos durante su emigración á través de las estepas de la Scythia y las regiones ciméricas del Mar negro, que el Bósforo les parecía el vestíbulo resplandeciente de las moradas celestiales establecidas aquí abajo, bien lejos de los mortales, en el éter, sobre las nobles montañas de Brussa y de Ismid. Ningun lugar del antiguo mundo iguala á la majestad de estos horizontes ni responde más armoniosamente á la gracia, el brillo y el color de la idea creadora, ni la misma bahía de Nápoles convida más á la meditación. Pero cualquiera que sea la magnificencia de las costas que rodean como un ceñidor de amatistas el mar de Mármara, la naturaleza es allí mucho más seductora que imponente; influye sobre el alma con un encanto misterioso que revelan sin cesar los contornos más sencillos; las formas más salientes, los monótonos rumores del paisaje, las umbrosas colinas, los pra-

dos virgilianos llenos de enjambres de abejas, el grave silencio de los bosques de cipreses donde duermen los insectos, el murmullo del Bósforo, el arrullo de las palomas, la voz melancólica de los imanes desde lo alto de los minaretes. Fijáos en los bellos versos del *Desposorio de Arbydos*; allí pinta Byron el Oriente entero; allí encuentro sobre todo como una distinta melodía, como un perfume sutil, á Constantinopla.

«¿Conoceis el país del ciprés y del mirto..., donde la cólera del buitres se convierte en tristeza, donde la ternura de la paloma se inflama hasta el delirio? ¿Conoceis el país del cedro y de la vid? Allí las flores están siempre abiertas, los rayos del sol son siempre brillantes. ¡Allí las ligeras alas del céfiro exhalando perfumes, nos acarician en jardines de perpétuas rosas: el país donde el naranjo y la oliva producen los más dulces frutos, donde la voz del ruiseñor jamás enmudece, donde las tintas de la tierra y el matiz del cielo, variados en colores, rivalizan en belleza, donde la púrpura del Océano brilla en los abismos infinitos! Allí las vírgenes son delicadas como las rosas con que tejen sus guirnaldas; allí, todo, excepto el alma del hombre, es divino. Este país es el Oriente, esta es la patria del sol.»

(Se continuará.)

GRABADOS DE LA «CRÓNICA.»

EL GRAN DUQUE NICOLÁS, OBSERVANDO LA ORILLA DERECHA DEL DANUBIO.—Las últimas noticias del europeo teatro de la guerra dan cuenta de la extraordinaria actividad impresa por el estado mayor ruso á los preparativos para forzar el paso del Danubio. El general en jefe del ejército moscovita inspecciona frecuentemente los trabajos encaminados á facilitar este propósito, examinando al mismo tiempo los movimientos y medios de defensa que el enemigo adopta en la opuesta orilla. Nuestro grabado de la primera plana representa una de estas expediciones, llevada á cabo por el gran duque Nicolás, rodeado de su cuarto militar.

ESTAFETA EN LAS TRINCHERAS TURCAS DE LAS INMEDIACIONES DE BATUM.—Desde la invasión por el ejército ruso de la Armenia, el puerto de Batum está constantemente amenazado por las fuerzas del general Oklobschio. Hassan-bajá, comandante general del ejército turco, al que está encomendada la defensa del acceso por tierra de dicho puerto, tiene á raya al jefe moscovita, consiguiéndolo únicamente al precio de la más exquisita vigilancia y de muchas precauciones. Incomunicado con Muktar-bajá, recibe la noticia de la llegada á las trincheras avanzadas del portador de cierta orden del general en jefe, que es conducido á la presencia de uno de los ayudantes de Hassan en la forma que evidencia el grabado de la plana cuarta, en consonancia con los usos de la guerra, y especialmente con la delicada posición del comandante del ejército de Batum.

VISTA DE WARNA, PUERTO DE BULGARIA.—Ciudad y puerto de la Turquía europea (Bulgaria), á 114 kilómetros S. SE. de Silistria, sobre el mar Negro, 12.000 habitantes: residencia de un bajá y de un arzobispo griego. Hállase situada en el fondo de una rada, abierta á los vientos del E. y SE.; pero al abrigo de los del NO. Los buques mayores encuentran en ella de 8 á 15 brazas de profundidad.

El puerto de Warná se considera como el mejor de los del Imperio en el Mar Negro, sirviendo de gran elemento comercial á los fértiles terrenos que le rodean: sus principales artículos de exportación son trigos, vinos, frutas, cueros, cera, miel, maderas de construcción, lana y algodón. Las fortificaciones que rodean á Warná tienen más de 4.000 metros de desarrollo y se hallan formadas de una muralla de fábrica, con fosos de unos tres metros y medio de profundidad, por cinco á seis de anchura. El arsenal y el polvorin están en el centro de la ciudad. En 1444, Amurates II derrotó en aquel punto á los polacos y á los húngaros, perdiendo la vida Ladislao IV. Los rusos tomaron esta ciudad en 1828. En 1854 fué el punto de desembarque para Crimea de los ejércitos aliados.

Warná debe ser la antigua *Constantia* ó *Odessus*. BAILE COREADO DE BÚLGAROS.—De origen slavo, si bien muy mezclados con los tártaros fineses, los búlgaros tienen gran semejanza con los rusos. Unelos el lenguaje y la religión más que á otros

pueblos de la misma estirpe. Aquellos y los servios son las únicas nacionalidades slavas que han conservado el antiguo alfabeto, llamado vulgarmente *Kirilitsa*. El tipo general de los búlgaros difiere, sin embargo, mucho del de los rusos. Casi todos son muy morenos, y los ojos negros abundan. Las mujeres no son hermosas, pero muy esbeltas y agraciadas. Sus grandes ojos oscuros se animan de un modo singularísimo en el baile, que aman con delirio. Al revés de los rusos, y particularmente de los cosacos, que bailan sin mujeres, los búlgaros no sabrían hacerlo sin la dulce compañera del hombre; tampoco les gusta bailar en pareja suelta, costumbre muy vulgarizada entre los moscovitas, cuyos *kosak* y *bytchok* los danzan dos personas en medio de una muchedumbre de espectadores. Por el contrario, cuando entre búlgaros se improvisa una velada, todos los asistentes tienen que participar de la fiesta, bailando y cantando, porque no saben hacer lo uno sin lo otro. Y es de ver á las ágiles y risueñas campesinas agruparse con entusiasmo en las intrincadas figuras de su baile predilecto, del baile coreado, y sobre todo, hay que oír sus naturales y agradables voces, entonando canciones que conmueven el alma y alegran el corazón. Es por demás extraño lo que acontece en algunas comarcas europeas con los cantos populares. La palabra, que según algunos sirve para desfigurar ó ocultar la idea, pierde esta cualidad con el canto. Con frecuencia se oirá á búlgaros y polacos hablar con la sonrisa en los labios á sus opresores; pero oídes cantar, y toda la amargura comprimida en sus pechos, todos los ayes del desconsuelo, todas las quejas del esclavo vibrarán en la melodía, que, libre de las cadenas de la palabra, se traduce en un sentimiento triste, indefinible, como triste y lastimera es la suerte del esclavo. Así es únicamente cómo puede explicarse que presentemos á nuestros lectores en el grabado segundo de la plana quinta á un pueblo desgraciado, á un pueblo mártir, bailando, al parecer, alegremente.

MERCADERES ARMENIOS.—¿Quién no conoce al mercader ambulante que en los países agrícolas, faltos de buenas y fáciles comunicaciones constituye una especie de Providencia para las campesinas, y particularmente para las coquetas de las aldeas? Tipo es este que abunda mucho en el Oriente y en el Norte de Europa. La mayor parte de los buhoneros de dichas regiones son oriundos de Hungría, y van llevando, á través de toda Bohemia, Polonia y Rusia fruslerías de mil especies, que venden á ciento por ciento, mezclando los encomios de la mísera mercancía con mil anécdotas é historias sorprendentes, que se comentan y desfiguran de mil diversos modos en las largas veladas de invierno. De la misma especie, pero de diferente índole, es el buhonero armenio que, al sustituir al maletín del otro sus miserables alforjas, ha dividido el contenido de aquéllas, repartiéndolo con su compañera, y cediéndole las mercancías del gusto exclusivo de las mujeres. Por lo demás, poco se distingue del tipo genérico. La misma mirada, entre sagaz y cándida, cuyo brillo no apagan los años que le abruma. En los villorrios le esperan y aprecian igualmente, y, como aquél, sirve á los campesinos de la Turquía de vendedor de objetos necesarios, cuya adquisición evita viajes, á veces largos y costosos, de Gaceta ambulante, cronista de sucesos desfigurados que, sin su órgano de trasmisión, jamás llegarían al conocimiento de los pobres aldeanos. Nuestro grabado de la plana octava representa, pues, uno de estos tipos que, en países como el de Turquía, simboliza uno de los elementos más eficaces de aquella civilización.

ECOS DE MADRID.

El excesivo calor de estos días que, como si prematura cunicula cerniera sobre nosotros sus alas de fuego, envolvíanos en una atmósfera densa y sofocante, hizo activar los preparativos que para la próxima emigración veraniega iniciáronse en el mundo elegante.

Todo Madrid, al parecer, dispónese á abandonar las márgenes del río cortésano, del modesto Manzanares, por esas apacibles playas que, durante el estío, son el centro de la distinción y del buen tono, nidos de la belleza, y á veces ricos búcaros formados por las flores más gallardas del pensil madrileño.

Y más que algunos otros, los puertos de mar favorecidos este año por la aristocracia del talento, de la sangre y de la banca, serán indudablemente los diseminados por la pintoresca costa cantábrica; al menos, para estas playas, donde pródiga naturaleza

prodigó sus más preciados dones, dábanse cita en la inolvidable *soirée* con que los duques de Bailén obsequiaron el miércoles á su excelente plantel de amigos, muchas de nuestras eminencias políticas y nobiliarias.

* *

Como en la corte, en varias provincias se verifican también emigraciones veraniegas. Háylas en Alicante, en Valencia y en otros puntos de la Península; pero estas deserciones no obedecen, como aquí, á los móviles de la moda y la higiene; las dicta el hambre.

Lo que nosotros hacemos para distraernos, para satisfacer quizá pueriles antojos, allí se ejecuta á impulsos de la imperiosa ley de la necesidad.

Los unos parten á Spa, Baden, Biarritz; á Galicia, Asturias... los otros...

Aquéllos, presa de tenaz miseria, extenuados por las privaciones, huyen de sus hogares, dirigen la errante planta á Argel, en demanda de pan y trabajo; éstos, ricos, poderosos, mimados de la fortuna, van á divertirse, á respirar las perfumadas brisas marinas, tal vez á continuar la orgía comenzada en Madrid...

¡Horrible contraste!

* *

La música, ese idioma cosmopolita, esa fórmula vaga, pero sublime del sentimiento, que el corazón de la mujer tan bien comprende, ha sido el poderoso iman, el incentivo irresistible que utilizó la Empresa de los Jardines del Retiro, como el mejor medio para que aquel sitio fuera el predilecto punto de reunión de los madrileños, durante la estación presente.

El inteligente empresario se habrá dicho: «Puesto que la mujer, que es todo ternura, cariño y vehemencia, ama la música con entusiasmo, regalemos su oído con selectas armonías; porque conquistando á la bella mitad del linaje humano, de hecho queda cautiva la otra media.

De aquí el numeroso público que invade todas las noches los Jardines.

* *

Y en verdad, nada más deslumbrador y admirable que el espectáculo que aquéllos ofrecen en las noches de concierto. Diríase que tienen algo de fantástico, algo que nos recuerda los cuentos de las *Mil y una noches*.

Porque apenas penetrais en los Jardines todo os encanta y embelesa; os creis trasportados á un mundo ideal, desconocido, encantador, donde la vida parece resbalar por un piélago de flores.

Aquel ambiente saturado de aromas, como el aliento de una hermosa; aquellas calles de árboles, por entre cuyo ramaje, mintiendo raudales de plata, veis dibujarse los contornos de pálida luna; aquella profusión de luces, de caprichos de gas, iluminando el extenso recinto, y entre la inmensa multitud que rodea el kiosco, de donde brotan torrentes de armonía á compás de la batuta de Mr. Olivier Metra, aquella pléyade de mujeres espirituales, vaporosas, aéreas, que giran, vagan, se confunden, ondulan á vuestro alrededor como fantásticos séres, llenas de gracia y juventud y belleza como las imágenes que finge la fantasía, como las inefables creaciones del pincel más idealista... todo os seduce, os parece admirable; pero sobre todo las bellas madrileñas...

Y es que allí todas las mujeres resultan hermosas, todas lo son entónces, porque el gas tanto las embellece, realza de tal modo sus naturales hechizos, que las juzgais ángeles desprendidos de un soñado cielo.

Por eso bien decía anteanoche un amigo mío:

— Dejar de venir aquí es casi un crimen de lesa galantería.

* *

La gloria del genio comienza á resplandecer cuando se extingue el último soplo de su vida.

En cambio una medianía, podrá si acaso, brillar en tanto dure su fugaz vida, pero nunca después que el sepulcro recoja su cuerpo inerte.

El uno, al abandonar el mundo, deja en pos de sí brillante estela que el tiempo, al pasar, va agrandando hasta perderse en el azul del cielo.

Del otro, ni aún queda recuerdo.

Pero hay, aunque son rarísimos, séres privilegiados que, obteniendo en vida el lauro inmarcible de la gloria, alcanzan también de la posteridad eterna fama.

Uno de estos colosos del arte, títan de la poesía lírica, es el gran Quintana, el poeta de levantado extro, de vigorosa y sublime inspiración, que al són mágico y potente de aquella lira, jamás humillada ante el poderoso, cantó las sacrosantas conquistas del progreso humano.

El inmortal autor del *Pelayo*, que, como el Dante en el Capitolio, vió ceñidas sus sienes con la esplendorosa corona sólo al genio concedida, fué objeto el viernes de un nuevo triunfo con motivo de la traslación de sus restos mortales, que yacían en una de las capillas de San Francisco, á la Sacramental de San Nicolás, en donde los admiradores del insigne poeta hánle erigido suntuoso mausoleo, que en aquel alcázar de la muerte álzase atrevido, tal vez orgulloso de albergar en sus entrañas mármoreas las preciosas cenizas del Tirteo español.

MANUEL DE LA PEÑA.

LOS DOS AMIGOS.

NOVELA RUSA

POR M. J. TOURGUENEF,

TRADUCIDA

POR FRANCISCO AÑÓN.

(Continuación).

De tarde en tarde se le ocurría repentinamente formular alguna pregunta, como esta:

— Decidme, Boris; ¿qué viene á ser eso de telégrafo eléctrico?

Boris se lo explicaba con la mayor claridad posible, después de cuya explicación, Pedro, que no había entendido una palabra, exclamaba: — ¡Es admirable! — Luego se callaba, sin atreverse en mucho tiempo á chistar sobre ningún problema científico. Si queréis saber el objeto de la mayor parte de sus conversaciones, ahí va una muestra. Pedro cogió su pipa, chupó con fuerza, se llenó la boca de humo, y echándole impetuosamente por las narices, le preguntaba á Boris:

— ¿Quién es esa chica que he visto hace un momento á vuestra puerta?

Boris aspiraba otra bocanada de humo de su cigarro, luego tomaba un sorbo de té, y le respondía: — ¿Qué chica?

Pedro se inclinaba sobre el borde de la ventana, miraba en el patio al perro que acariciaba las piernas de un chiquillo, y luego replicaba:

— Una chica rubia... Y ¡pardiez que no es fea!

— ¡Ah! respondió Boris, después de una breve pausa; es mi nueva lavandera.

— ¿De dónde viene?

— De Moscou, donde hizo su aprendizaje.

Después de esta respuesta, nuevo silencio.

— ¿Cuántas lavanderas teneis, pues? preguntó nuevamente Pedro, mirando atentamente la picadura de tabaco que brillaba hecha un ascua dentro de su pipa.

— Tengo tres, respondió Boris.

— ¡Trés!... Pues yo no tengo más que una, y apenas tiene qué hacer; pues su tarea es corta.

— ¡Ya! murmuraba Boris.

Y allí se paraba la conversación.

Así se pasaba el tiempo hasta la hora de almorzar.

Pedro tenía un gusto particular por el almuerzo, y decía que era preciso hacerlo exactamente al medio día.

A esta hora se sentaba á la mesa con muy buen apetito y un aire de satisfacción, que hubiera bastado para alegrar el humor gastronómico de un alemán.

Boris era sóbrio: se contentaba con una chuleta, un pedazo de pollo y un par de huevos pasados por agua; pero tenía la costumbre de sazonar las viandas con algunos ingredientes ingleses que tenía en lindos frascos y que pagaba muy caros.

Entre el almuerzo y la comida salían los dos amigos, si hacía buen tiempo, para visitar la quinta ó dar un paseo, ó para ver enganchar los caballos. Algunas veces Pedro conducía á Boris hasta su casa y le hacía entrar.

Aquella casa, pequeña y vieja, parecía más bien la choza de un colono que la morada de un señor.

El techo, cubierto de rastrojo, estaba tapizado de musgo verde, donde anidaban diversas familias de pájaros. Los dos cuerpos de madera que componían aquella vivienda, estrechamente unidos en otro tiempo, parece que querían divorciarse, pues uno se

inclinaba á la derecha y el otro á la izquierda, amenazando desplomarse. Si era triste el aspecto de la casa por de fuera, no lo era ménos por dentro. Mas Pedro, con su calma habitual y carácter modesto, no se inquietaba lo más mínimo por lo que los ricos llaman regalos de la vida, y estaba satisfecho con poseer una casita donde pudiese guarecerse de la intemperie. El servicio estaba desempeñado por una antigua ama de gobierno llamada Marta, mujer de unos cuarenta años, tan fiel y honrada como torpe y desidiosa, rompiendo á cada paso la loza y estropeando los manteles, sin haber conseguido en toda su vida hacer un guiso aceptable. Pedro le habia puesto el mote de *Calígula*.

A pesar de su poca fortuna, Pedro era generoso y hospitalario. Si alguien iba á visitarle, le obligaba á que le acompañase á comer, y sobre todo se esmeraba en obsequiar á su amigo Boris, cuando iba á su casa.

Entonces la pobre Calígula corría precipitada de un lado á otro, con riesgo de romperse la crisma, y por más que quebraba platos y rasgaba servilletas, la comida de Perico se reducía ordinariamente á un trozo de jamon ó de cecina, con algunos tragos de aguardiente, que él decia ser muy bueno *contra* el estómago.

Las más de las veces, despues del paseo, volvian ambos á la casa de Boris, que era más confortable. Pedro traía siempre el mismo apetito á la comida que al almuerzo. Despues de comer se echaba su siesta de algunas horas, como un *reverendo*, mientras que Boris leía los periódicos extranjeros.

Por la noche se reunian en otra sala, entreteniéndose en jugar á las cartas, ó conversando sobre cosas triviales. Alguna que otra vez, Pedro descolgaba de la pared su guitarra favorita, y cantaba, con una voz de tenor muy agradable, acompañándose de este instrumento.

Tenía por la música un gusto mucho más fino y delicado que Boris; no podía pronunciar el nombre de Beethoven sin un trasporte de entusiasmo y admiración, y hasta habia encargado un piano á Moscou. En cuanto se sentía atacado de esplin ó de tristeza, cantaba alguna balada popular, ó una de las canciones de su regimiento. Boris tambien queria acompañarle algunas veces; mas su voz era poco armoniosa, tenia mal oído, y casi siempre desafinaba. A las diez, los dos buenos amigos se daban las buenas noches y se retiraban hasta el dia siguiente, para continuar su invariable y monótona existencia.

Un dia estaban los dos sentados frente á frente, como de costumbre, y Pedro, mirando con fijeza á Boris, le dijo de repente y con tono expresivo:

— Boris, estoy admirado de una cosa.

— ¿De qué?

— De veros, tan jóven y con tanto talento, pasar una vida oscura y aislada en este pueblo.

— Mas vos sabeis, respondió Boris sorprendido, que las circunstancias me obligan á este género de vida.

— ¿Qué circunstancias! Vuestra fortuna, ¿no es

TIPOS POPULARES.



MERCADERES ARMENIOS.

acaso bastante para aseguraros en cualquier parte una posicion honrosa é independiente? Vos debiais entrar en la carrera de las armas; y despues de una pausa, añadió: debiais entrar en los hulanos.

— ¿Y por qué en los hulanos?

— Me parece que es lo que más os convendria.

— Pero con todo, vos habeis servido en los húsares.

— ¡Ah! sí, exclamó Pedro con entusiasmo. ¡Y qué bello regimiento! No hay en el mundo entero otro igual... Era un regimiento maravilloso: coronel, oficiales... todo era perfecto... Pero vos, con esa blonda melena y ese esbelto talle, estariais mejor en los hulanos.

— Advertid, Pedro, que en virtud de reglamentos militares, yo no podria entrar en el ejército sino como cadete, y ya veis que soy demasiado viejo para empezar esa carrera, y aún no sé si á mi edad querrian admitirme.

— Verdad es, repuso Pedro en voz baja. Pues bien; entónces, replicó, meneando la cabeza, es preciso casaros.

— Pero ¡qué ideas tan extravagantes teneis hoy!

— ¡Extravagantes! ¿Y por qué? ¿Qué razon teneis para vivir del modo que vivís, perdiendo

el tiempo? ¿Qué interés teneis en vivir soltero?

— Pero, hombre, si no se trata de interés.

— No, no, replicó Pedro muy exaltado: yo no sé por que en nuestros dias hay tanto desvio por el matrimonio...! ¡Ah! vos me mirais... Pues bien, yo tambien he querido entrar en la cofradia; mas no pude realizar mis proyectos.

(Continuará).

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS.

DICCIONARIO DOMÉSTICO.

TESORO DE LAS FAMILIAS

ó Repertorio universal de conocimientos útiles.

Contiene más de 4.000 fórmulas, preceptos ó recetas de fácil ejecucion sobre agricultura, como ciencia y como arte.— *Conservacion de las carnes, granos, legumbres, y frutas.*— *Preparacion de dulces y conservas.*— *Arte de hacer pan, vinos, sidra y cerveza.*— *Manual práctico de la cocina, de la pasteleria, reposteria, bodega y corral.*— *Reglas acerca de la caza y pesca, etc., etc.*

Un magnífico tomo en 4.º, de 2.288 columnas, 20 pesetas en Madrid y 22 pesetas y 50 céntimos en provincias, franco de porte.

Consta de 7 cuadernos de á 10 pliegos cada uno (160 páginas, 320 columnas), y saldrá con regularidad uno cada mes. Precio de cada cuaderno, 3 pesetas en Madrid y 3 pesetas y 25 céntimos en provincias, franco de porte.

Se han publicado los cuadernos 1.º, 2.º y 3.º, y se halla de venta en la *Libreria extranjera y nacional* de D. Carlos Bailly-Bailliére, Plaza de Santa Ana, núm. 10.

JEROGLÍFICO.



(La solucion en el número próximo).

IMPRENTA DE T. FORTANET.
calle de la Libertad, núm. 29.

CRÓNICA DE LA GUERRA.

Este periódico se publica todas las semanas, repartiendo cada trimestre trece números á los suscritores; su mision es relatar los hechos más notables que ocurran en el teatro de la guerra, reproducir las apreciaciones y noticias fidedignas de la prensa rusa y austriaca; publicar correspondencias de los cuarteles generales turco y moscovita; describir imparcialmente la organizacion y el estado de los ejércitos beligerantes, las costumbres, la civilizacion y las aspiraciones de sus respectivos paises, publicando en cada número preciosos grabados, que serán, ora retratos de las notabilidades de la guerra, cróquis de batallas y escenas de la vida militar, ora planos y vistas de las localidades donde ocurran señalados hechos de armas.

Correspondiendo á la favorable acogida de este periódico, y en vista de las inmensas proporciones y del desarrollo que va adquiriendo la terrible lucha turco-rusa, esta Empresa publicará, siempre que algun importante acontecimiento lo requiera, **preciosas láminas de gran tamaño que repartirá gratis** á sus numerosos suscritores.

EN PROVINCIAS, UN NÚMERO SUELTO UN REAL 25 CÉNTIMOS.

NOTA. Los señores suscritores de provincias pueden remitir el importe de sus abonos en libranzas ó letras de fácil cobro y en sellos de franqueo; pero en este último caso, ó sea cuando remitan sellos, certificando la carta, pues de otro modo no respondemos de su recibo.